

José Martí: una concepción alternativa sobre el desarrollo social

Roberto Muñoz
González y Alicia
Pino

Introducción

Una de las contradicciones fundamentales del modelo de desarrollo capitalista, hoy globalizado, es su insuficiencia para desarrollar en el hombre y en la sociedad, un conjunto de valores imprescindibles para sobrevivir como especie.

Por eso encontramos en la actualidad un número creciente de *modelos alternativos* que se expresan con mayor o menor grado de sistematicidad en la teoría y que por razones obvias, realizan tímidas proposiciones en la práctica.

Nuestro sistema social es un modelo alternativo práctico en constante dinámica, el que exhibe como peculiaridad una base valorativa en el ejercicio de la política en función de los intereses colectivos del desarrollo social y que por demás, se enriquece creadoramente en el proceso constructivo de la nueva sociedad.

La base histórica esencial, el fundamento ideológico de nuestro modelo de desarrollo, está sin dudas en la obra creadora de José Martí. El fue quien mejor sintetizó en Cuba lo más avanzado del pensamiento revolucionario hasta finales del siglo XIX. Es imprescindible, por tanto, el estudio y sistematización de su concepción sobre el desarrollo del hombre y la sociedad, base autóctona de nuestro presente y fundamento ideopolítico y metodológico, para enfrentar los problemas actuales y futuros del mundo contemporáneo.

Lugar y papel del componente axiológico en la conceptualización teórica del desarrollo

Uno de los cuestionamientos más sobresalientes sobre el modelo de desarrollo globalizado neoliberal, es el deterioro del componente valorativo en el desarrollo espiritual de la sociedad actual, en correspondencia y como consecuencia de la naturaleza del propio modelo.

Este aspecto se expresa de forma concreta, cuando analizamos la caracterización de aspiraciones, ideales y percepciones, que como reflejo de sus

proyecciones, se hacen los hombres sobre este modelo de desarrollo y que son resultado del proyecto socio-político que lleva adelante tal modelo y que incluye, en su conjunto, un sistema tecnológico, un sistema organizacional¹ y un sistema científico, lo cual se expresa en lo que ha sido denominado *estilo de desarrollo*, es decir, las formas de asociación, resolución y adopción de mecanismos, mediante los cuales se produce la apropiación de los recursos, para satisfacer las crecientes necesidades humanas.

Caracterización del aspecto axiológico en la sociedad actual

A partir del siglo XVI, comienza a imponerse en el mundo un modelo de desarrollo que proviene del establecimiento y posteriormente de la extensión de la sociedad burguesa. Sus bases han estado en el aumento de la producción, el perfeccionamiento tecnológico y el desarrollo del conocimiento científico.

La primera mitad del siglo XX fue testigo del tránsito de las concepciones racionales y relativamente confiables sobre el destino del hombre y la humanidad, hacia las posiciones irracionalistas extremas, este fenómeno estuvo asociado al desarrollo progresivo del imperialismo. Desde finales del siglo XIX llegan a nosotros dos vertientes de análisis sobre el hombre y la sociedad que se caracterizaban generalmente por sus posiciones optimistas. Ambas trataban de prefigurar el destino del hombre en el sentido de su perfeccionamiento; eran la confianza del positivismo en la certeza del conocimiento de la verdad, unido al florecimiento del «yo» como posibilidad y camino del desarrollo de la personalidad humana, implícito en el romanticismo. A pesar de sus conocidas limitaciones, estos dos movimientos intelectivos fueron expresión de la confianza del hombre en la posibilidad de su mejoramiento.

La segunda mitad del siglo, terminada la contienda bélica, produce un viraje dramático en las concepciones sobre el destino del hombre. La incertidumbre y la fragilidad de la existencia humana, son las características más evidentes de la sociedad conformada. El «yo» y «la libertad», son cuestionados, sometidos a prueba, fragmentados en modalidades como la psiquis y otras tantas.

En los años sesenta persiste la creencia en el crecimiento económico ilimitado, que tiene como fuente el progreso tecnológico y que trae como resultado el crecimiento inagotable del bienestar en determinadas naciones del mundo. En los años setenta, los problemas que se hacen evidentes en la naturaleza, tales como la contaminación, comienzan a gestar un movimiento que tiene como centro el mundo desarrollado, y que trae como resultado en las percepciones teóricas, el surgimiento de una mirada ecológica más profunda hacia la naturaleza; cambiando así la visión paradisiaca de un futuro inagotable de bienestar. Los años ochenta plantean ya, partiendo del análisis de la relación entre estilo de desarrollo y problemas ambientales, del lugar de la desigualdad, la pobreza, así

¹ Sistema organizacional: sistema de gestión y políticas públicas.

como de la asimetría de las relaciones internacionales (diferencias entre el Norte y el Sur), la convicción de que se hacía imprescindible la implantación de modelos alternativos, como única vía de sobrevivencia de la humanidad.

Los años noventa nos ponen ante la realidad de la generalización o globalización del modelo de desarrollo capitalista en su versión neoliberal, con todo su carácter destructor para la humanidad de las personas.

Representaciones, valores, evaluaciones, juicios, sentimientos, significados y sentidos, toman cuerpo en las diferentes proposiciones actuales de solución de los problemas del desarrollo y se expresan en concepciones sobre la implementación de modelos alternativos, que incluyen el análisis de cambios en los aspectos que los conforman y que ya señalábamos: sistema organizacional, técnico-económico y científico, por tanto se constituyen, de hecho, en nuevas propuestas de aspiraciones sociales que por serlo, son representaciones de ideales sociales con todos los elementos que los constituyen.

Sin embargo, la realidad actual poco nos dice sobre avances en tal comprensión. Las diferencias se agigantan sin que se logre un entendimiento sobre lo que una parte del mundo debe hacer, lo que otra debe dar, y lo que ambas deben cambiar. Se sigue imponiendo como modelo ideal el del Norte con sus patrones de consumo, y el Sur sigue mirando y midiendo sus ideales por el Norte.

En medio de esta situación, la proposición cubana aparece como modelo alternativo con una característica que lo distingue: el predominio, como base de dicho sistema, del componente axiológico.

¿Qué propone y demuestra el modelo cubano?

- Es un sistema político cuya esencia es el mejoramiento humano, en el sentido de perfeccionar colectivamente la sociedad.
- Un sistema político de carácter constructivo y no destructivo para el individuo o para un grupo o clase social.
- La política como un medio, un instrumento para cumplir con tales objetivos en la regulación de los comportamientos sociales.
- Una política caracterizada en su realización por sus formas colectivas y fines colectivos, por tener como base el deber del ejercicio del poder, la honradez, la honestidad, la creatividad, y la valentía.
- Un ejercicio del poder político que mantiene una dialéctica entre lo individual y la expresión de los intereses de las masas. Relación entre el líder y las masas.
- Una visión política optimista sobre el desarrollo del individuo y la sociedad humana y una dialéctica entre lo autóctono, lo propio y lo universal como medida del éxito.
- La base del ejercicio del poder son valores de carácter ético. Ostentar el poder significa cumplir con el deber, hacerlo honradamente, comportarse honestamente. En el modelo cubano el poder se masifica, es íntegramente participativo.

Las raíces de tales definiciones deben ser buscadas en el desarrollo del pensamiento socio-político cubano, en el que resalta el pensamiento y la obra de José Martí.

Una concepción alternativa del desarrollo para Cuba y para Nuestra América. Algunas tesis esenciales

Martí tuvo una concepción del desarrollo social en esencia constructiva y creadora, pero que partía de significativos presupuestos defensivos y destructivos. La creación y construcción no solo suponen para él transformación y mejoramiento desde la misma cualidad, sino también destrucción y re-creación. Hay en Martí una doctrina política antimperialista y anticolonialista. Fue así necesaria, porque la esencia de todas las búsquedas martianas estuvo en la lucha por el mejoramiento humano mediante el desarrollo de los atributos morales, los sentimientos y la sensibilidad de la persona humana. Pero la concepción de José Martí tiene un carácter historicista porque parte de un hombre real, concreto, contextualizado, de un hombre «natural». Martí tuvo plena conciencia de su deber histórico y sabía de la necesidad de su contribución al perfeccionamiento de ese hombre concreto, tarea de gigante que suponía obligadamente el enfrentamiento con el gran septentrión americano.

Martí elaboró una serie de ideas sobre el desarrollo social y humano para América Latina y para Cuba, cuyos contenidos frecuentemente entroncan con los contenidos actuales de este concepto. Por supuesto que han transcurrido más de cien años desde que Martí anunciara esas y otras ideas, y que han ocurrido hechos trascendentes en la historia del mundo y de Cuba; eso incide en la complejidad actual de los problemas del desarrollo, sin embargo, muchos de los códigos y coordenadas de la nueva concepción, pueden encontrarse como gérmenes o ideas en pleno despegue hacia el futuro en el pensamiento anterior de hombres como Martí.

En el centro de toda la concepción martiana de desarrollo socio-económico, está el hombre en toda su anchura y profundidad. Su concepción se asienta en el conocimiento y dominio de la cultura toda, en la confianza en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud.

En 1881, en los «Cuadernos de apuntes», José Martí afirmaba: «No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya Hispanoamérica».²

No fue casual que José Martí en diversas épocas, se ocupara de ofrecer propuestas de solución a estas cuestiones. Preocupado por los destinos históricos del continente, tenía que reflexionar acerca del desarrollo del mismo.

Martí llama a la reflexión en torno a la comprensión sobre la identidad de nuestros pueblos. Critica el nacionalismo y el caudillismo y asume el problema

² José Martí: *Obras completas*, t. XXI, pp.163-164, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. En lo adelante, cuando se trate de esta edición, solo referimos tomos y páginas, con números romanos y arábigos, respectivamente.

de la identidad como un principio, no sólo en el plano teórico, sino en el práctico. En la preparación y organización de la *Guerra Necesaria*, será uno de sus más importantes principios políticos; era necesario resolver el problema mayor: la unidad y la identidad. Esta concepción martiana va radicalizándose como todo su pensamiento y alcanza su máximo desarrollo con su experiencia norteamericana. La reflexión de Martí aborda cada una de las peculiaridades del desarrollo, buscando con afán las vías de la independencia y el desarrollo cultural en su sentido más amplio.

Martí investiga y estudia nuestros orígenes, porque piensa que llegar a un análisis acertado de nuestras peculiaridades sólo es posible a través de nuestros orígenes como pueblos. De aquí nacen concepciones cardinales, perfectamente aplicables a la contemporaneidad como los caminos o formas políticas de nuestros pueblos, el tipo de educación necesaria para nuestros jóvenes, los peldaños económicos que necesitábamos ascender u otras más generales y profundas, como las relaciones entre nuestros pueblos, la urgente necesidad de integrar el continente, las que son expresadas en su pensamiento por diferentes denominaciones tales como *América indohispánica*, *la raza hispanoamericana*, *Madre América*, *Latinoamérica*, *Nuestra América*. La integración continental tiene que asentarse también, por supuesto, en la comprensión y unidad de las etnias y las llamadas razas. Según él, no hay odio de razas, porque no hay razas.

Las definiciones martianas no pretenden, y éste es su mérito esencial, sustituir por abstracciones el proceso real e histórico del desarrollo. Martí elabora sus definiciones a partir del propio proceso histórico. Observador profundo, presente el proceso de acercamiento progresivo de nuestros pueblos y lo traduce así al lenguaje teórico.

Para Martí era legítimo el analizar los orígenes; sin él, poco o nada puede hablarse del desarrollo del continente. No es casual, por esto, que Martí se ocupe del análisis histórico de la conquista y la colonización y de su significado para nuestros pueblos. Una y otra vez recurre a nuestra propia mitología, y a los hombres y personalidades históricas del continente. No es frase al paso aquella que afirmaba que América andará con el indio o no andará.

«Nosotros [decía] hemos padecido de hojiosidad, como nuestros bosques. La pompa del follaje no ha dejado ver la substancia del tronco. Han sido nuestros pueblos venidos a la existencia en el esfuerzo de una violencia irredimible, en el impío maridaje de una azucena y una lanza».³

Martí habla constantemente de la violencia de la conquista; un hecho que indudablemente, tanto para él como para nosotros es *irreversible*, pero que no por eso deja de ser *irredimible*. Esa violencia marcó los destinos de nuestros pueblos, no por ninguna fatalidad preestablecida ni por determinación geográfica absurda, sino por las propias leyes y necesidades objetivas de la historia, con todas las consecuencias que se derivaron del hecho, desde el colonialismo,

³ IX, 19.

hasta el subdesarrollo y la situación de nuestros pueblos en el mundo globalizado en que vivimos.

Martí presenta el hecho como dicotomía, como contradicción, que irá replanteándose en diferentes etapas y profundizando sucesivamente en su solución. Contradicción que siente además como antagonismo entre dos concepciones culturales, dos concepciones del desarrollo que comenzaron con la presencia del conquistador y el conquistado, donde el primero tenía que hacer desaparecer al segundo, física o espiritualmente. Señala con claridad de qué lado de la contradicción tenemos que estar: «Con Guaicapuro, con Paramaconi, con Anacaona, con Hatuey, hemos de estar, y no con las llamas que los quemaron, ni con las cuerdas que los ataron, ni con los aceros que los degollaron, ni con los perros que los mordieron».⁴

Es éste sin duda, un primer acercamiento a la solución de la contradicción ya planteada, solución válida en el sentido de que la conquista y la colonización de los pueblos no es un hecho del pasado remoto, sino que en la historia de la humanidad ha adquirido nuevas formas y nuevos nombres tras la misma esencia. Para Martí era también problema suyo; Cuba era la colonia de España con todas las consecuencias que se derivan del hecho.

Martí asistía a «ese desdichado servilismo de los hombres cultos, preparados por una educación más vana que una sombra para mal vivir en países de mucho cuerpo que quieren fuerza viva. Esas mismas guerras frecuentes que se nos echan en cara como crímenes nuestros cuando son resultado de crímenes ajenos, o pergaminos de la arrogancia e idealidad de nuestra raza, no han sido más que la manifestación inevitable y natural de la vida en países compuestos de elementos hostiles y deformes precipitados violentamente a la cultura».⁵

El hombre americano, el autóctono, a partir de la conquista compartió su tierra con fuerzas antagónicas que se le impusieron, y por la supremacía de ellas asimiló con violencia otra cultura dada, con la educación europea y ajena, por tanto, a las peculiaridades de su tierra. Para él la medida de la cultura significó el oponerse a su propia naturaleza. Las consecuencias, todavía peores, lo convirtieron en un desarraigado en su propia tierra. Como afirmara el propio Martí, la conquista y la colonización significaron: «Pagar con sangre lo que se asalta en tiempo».⁶

La apreciación martiana explica la especificidad de una concepción cultural gestada en un proceso colonial. Sitúa al hombre de nuestros pueblos en nuestro proceso histórico, determinando sus causas y los resultados de esta «violencia irredimible», las consecuencias, por un lado, de las contradicciones violentas, ya no entre conquistador y conquistado, sino entre colonizador y colonizado, que desembocan necesariamente en luchas violentas pero legítimas, y por otro lado, el hombre asimilado a otra cultura y desarraigado de él

⁴ X, 34.

⁵ IX, 21.

⁶ Idem.

mismo hasta tal punto de negar sus orígenes y su identidad, y declararse a favor de la no existencia de esta identidad.

«La cultura [dice Martí] no ha tenido todavía tiempo de distribuirse en la masa con la abundancia necesaria, para que consuma con la demanda legítima y firme esos productos de la cultura acumulada que llaman artes y letras».⁷ Señala aquí Martí uno de los aspectos más importantes de su concepción, el problema de la cultura de nuestros pueblos, y de una cultura realmente como base de nuestra identidad que no puede ser resultado de teóricos de gabinete sino del arraigo popular de la cultura. Sólo las masas son capaces de darle auténtica identidad. De este análisis se desprende la concepción martiana de la «cultura inútil», llamando así a la formación y educación foránea del hombre que trae como resultado un conjunto de necesidades no acordes con las condiciones específicas y objetivas de su espacio temporal, necesidades en el orden objetivo y subjetivo. La solución de este problema es el centro de las formulaciones martianas en torno a la educación y a la formación del hombre y al desarrollo en general.

Sabemos de su búsqueda constante y de sus propuestas por alcanzar formas educativas que pudiesen, respetando «el tronco», ayudar a convertir a nuestra educación en «científica» y vale señalar cómo este término de «científico» tiene para Martí un significado no sólo estrictamente científico sino también político (independencia de nuestros pueblos) y también popular, puesto que debía ser una educación para todos los sectores sociales.

La universalidad de su concepción

La defensa de nuestra identidad cultural no significó nunca en la concepción martiana un localismo estrecho; nuestros pueblos traen a la historia humana un nuevo problema, en primer lugar para ellos mismos. Esta nueva calidad se expresa en la contradicción entre su identidad cultural como defensa de su soberanía y libertad desde la esfera económica hasta la esfera artística, y la necesidad de la asimilación del desarrollo cultural universal.

Para el Maestro la solución de la cuestión estaba en la asimilación de lo mejor de la cultura universal en la búsqueda de la solución de nuestros problemas, sería también la formación arraigada en nuestra historia, de una concepción cultural nuestra, abierta al mundo, pero con los pies puestos en nuestras peculiaridades, en nuestras raíces.

Esta asimilación no estaba, por supuesto, en la «reproducción de la historia» de estos viejos países, sino en la creación de nuestra propia historia. Lejos de muchos de los pensadores de la época (Sarmiento, por ejemplo) para los cuales la conquista y la colonización eran la única salvación de nuestros pueblos, para Martí el proceso de identidad alcanzado a través del desarrollo, tendría que traer como resultado no «una cultura igual», «no un hombre igual»,

⁷ IX, 20.

sino una cultura superior cualitativamente, un hombre mejor. Sus experiencias en América y su conocimiento de Estados Unidos le permitieron comprender que tal sueño era alcanzable.

En el ensayo «Nuestra América», Martí sintetiza toda esa concepción. Señalemos en primer lugar la definición martiana de civilización. Allí, en franca oposición a aquellos de la época que pensaron en soluciones radicales como la eliminación total de nuestros pueblos autóctonos, afirmaba: «No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza».⁸

La dicotomía entre civilización y barbarie es definitivamente resuelta en las páginas de «Nuestra América». En el lenguaje de la época (y a veces en el de la nuestra) la civilización está representada por el colonizador y de nuestro lado queda la barbarie. La respuesta martiana, como la nuestra, está clara en principio, estamos del lado de la «barbarie», entendiendo aquí que bárbaros somos a los ojos de otra concepción cultural, que se llama civilizada, a pesar de que en el pasado y en la contemporaneidad, no duda en arrasar culturas y pueblos bajo las banderas de la civilización.

Pero Martí no deja su análisis solamente en esta contradicción que es, sin dudas, las más evidente, «barbarie» es sólo un término como «civilización» y el mérito martiano está en enseñar que las abstracciones sólo tienen sentido de acuerdo con las peculiaridades específicas del contexto donde se usen. De esta manera «la batalla» entre civilización y barbarie queda sólo como expresión de términos que no corresponden a nuestras realidades. La falsa erudición, «la cultura inútil» que no aporta realmente «hombres naturales» para enfrentar los problemas de nuestros pueblos sino «criollos exóticos» como los llamó en oposición a la «naturaleza». El hombre americano arraigado a su suelo, no es una contradicción insoluble; las soluciones están en preparar al hombre americano para las tareas americanas; «civilización y barbarie» en el sentido europeo, son conceptos que no debemos ni podemos aceptar.

En «Nuestra América» puede observarse el nivel de maduración alcanzado por el pensamiento martiano, nutrido de su práctica revolucionaria a través de muchos años de lucha. La independencia es la base de esta solución y la presentación al mundo de nuestros pueblos y su sincretismo en todos los órdenes. Los pueblos americanos se le presentan como función armoniosa de diferentes factores y es por eso que después de lograda la independencia, insiste en la necesidad de las relaciones mutuas entre ellos y no en criterios nacionalistas. Sabemos nosotros estas diferencias, que al contrario de otros pueblos, fundieron a la larga al conquistador y al conquistado en una única raza. De aquí el criollo, expresión natural de este sincretismo.

Pero Martí no cree que todo esté resuelto en esta peculiaridad continental. Los países desarrollados, representados ante todo por «el gigante de las siete leguas» con «su república devenida en monarquía», representaban serios

⁸ José Martí: *Obras escogidas*, t. II, p. 521, Editora Política, 1979.

peligros para nuestra cultura. En este sentido Martí demostró una vez más, ser el político y el pensador mas profundo del siglo pasado.

José Martí establece las diferencias fundamentales entre las dos Américas, y más allá de lo previsible para un hombre de su época, nos llega la fundamentación de esta diferencia no sólo en origen, sino precisamente apelando a que las dos Américas tienen una concepción del progreso histórico diferente, tienen modelos de desarrollo distintos, y tendrá que ser así si queremos un criterio de identidad, independencia y desarrollo, no igual a los Estados Unidos, sino que en los aspectos auténticos de nuestros pueblos por propio derecho los supere.

«En América hay dos pueblos y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y cuña parecida e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentarla y de la que con el decoro firme y la sagaz independencia no es imposible, y es útil, ser amigo. Pero de nuestra alma hemos de vivir, limpia de la mala iglesia y de los hábitos de amo y de inmerecido lujo. Andemos nuestro camino de menos a más, y sudemos nuestras enfermedades. La grandeza de los pueblos no está en su tamaño, ni en las formas múltiples de la comunidad material, que en todos los pueblos aparecen según la necesidad de ellos, y se acumulan en las naciones prósperas, más que por genio especial de raza alguna, por el cebo de la ganancia que hay en satisfacerlos. El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos y mujeres banales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y de mujer que en ella se produce».⁹

La esencia de la concepción martiana está esbozada en el índice de progreso que usa para determinar el desarrollo de un pueblo: no es la riqueza por la riqueza misma y por su obtención en competencia que rebasa los principios de la moral elemental humana, no es el tamaño que da derecho de señoría, no es en fin una raza distinta y superior por sus capacidades innatas. Es precisamente el resultado de su proceso histórico expresado en este pueblo. El modelo humano propuesto, educado y formado por ese pueblo será precisamente el índice para determinar y dar sentido a todas las abstracciones cuestionadas, los destinos de «Nuestra América» y el desarrollo americano, estarán en la generación de jóvenes que eduquemos partiendo de nosotros mismos, en un proceso de asimilación creadora de lo universal.

El mestizo autóctono vencerá al criollo exótico siempre que desde el punto de vista económico, político, ético, estético, etcétera., seamos capaces de conformar una generación superior que constantemente vuelva a sus raíces.

La concepción martiana sobre la cultura en su dinámica, se constituye por lo explicado en una concepción del desarrollo que se afirma precisamente en

⁹ IX, 35.

lo auténtico de nuestras condiciones históricas. Es por eso que las reflexiones martianas resuelven de hecho el problema de la identidad cultural de nuestros pueblos. Para José Martí esto no era sólo un problema teórico, sino un problema práctico.

La identidad cultural es para nosotros un problema político. Somos pueblos arrastrados violentamente a la cultura, pero a la cultura de otros, primero del conquistador, después del colonizador, más tarde del neocolonizador. Nuestra entrada en el mundo no devino sino se impuso por la fuerza. Nos convertimos o nos convirtieron en huérfanos de nosotros mismos con una única opción: olvidar o perecer. Nuestros pueblos fueron «nacidos» con un parto forzoso a otro mundo, juzgados para siempre a partir de otra medida. En esta confrontación se han venido desarrollando hasta nuestros días.

De esta manera, tanto la concepción cultural como la identidad cultural llevarán necesariamente un criterio de desarrollo histórico que medirá los resultados de la cultura. De aquí nacerán múltiples dicotomías en cuanto al nivel del desarrollo o progreso histórico, en el sentido de que este nivel será juzgado desde distintos puntos de vista, sin pensar que fueron trazados, atendiendo a ideales sociales distintos que dependen de las peculiaridades históricas del desarrollo de cada pueblo.

La identidad de nuestros pueblos adquiere una significación especial en el mundo contemporáneo. Significa la expresión de la batalla social por un modelo propio del progreso histórico. Las fórmulas importadas no han resuelto los problemas de Nuestra América desde ningún punto de vista, como bien anunciara José Martí en su momento.

Los productos culturales asimilados sin sentido creador, no han sido otra cosa que un fardo de «cultura inútil» para nuestros pueblos, «falsa erudición» para criollos exóticos, conformadores de aspiraciones y necesidades ajenas a nuestras realidades. En nuestros días, nuestros pueblos luchan con problemas como el subdesarrollo y la deuda externa, herencia de economías deformadas en una historia llena de conquistadores de distintos tipos y seguimos usando el libro importado y las formas políticas de otros pueblos.

Como bien comprendía Martí, no existen contradicciones entre civilización y barbarie, sino que existen diferencias entre diversas concepciones sobre el desarrollo y la cultura, a la hora de entender, asimilar y transformar el mundo. Comprender esto es un problema político de primer orden para el desarrollo y la paz del planeta, y tiene que ver con el problema de la autodeterminación de cada pueblo y de cada región o comunidad.

El proyecto social concebido por Martí incluye, por tanto, no solo la construcción y reconstrucción material de la vida de nuestros pueblos, sino que es un proyecto universal de desarrollo de todas las fuerzas sociales posibles, aplicadas al progreso material y espiritual de la sociedad, donde el hombre pueda rebelarse y existir en toda su dimensión humana. Para él la ley primera de la República tenía que ser el culto a la dignidad plena del hombre.